

FUNERALES EN EL MAR

Roberto Benavente Mercado
Contraalmirante

Los viajes al extranjero proporcionan la oportunidad de conocer otros países y, principalmente, otras personas, lo que nos permite comparar las similitudes y diferencias con las características propias del ser nacional.

Después de conocer hombres de mar de numerosos países, he llegado a la conclusión de que -independiente de su nacionalidad- los marinos de todo el mundo viven experiencias muy similares. A lo menos así sucede en el campo anecdótico.

El presente relato sucedió poco después de finalizada la Segunda Guerra Mundial y se desarrolla en un país europeo, próximo al Mar del Norte, donde años atrás hubo -como en todas las Armadas- un oficial, submarinista, de reconocida inteligencia y capacidad, quien era, además, muy exigente en el servicio y de quien se contaban numerosas y pintorescas anécdotas. En efecto, a pesar del tiempo transcurrido, se recordaba el hecho de que, siendo Capitán de Fragata, Instructor de Guardiamarinas, había ordenado a sus alumnos transmitir con banderas alfabéticas la siguiente "absurda" señal: "Mil saludos al amigo que ha leído mil veces mil libros". El énfasis en las señales visuales se justificaba en un período bastante anterior al que alcanzarían posteriormente las telecomunicaciones tácticas inalámbricas.

El oficial de nuestra historia escaló las más altas posiciones en la Armada de su país, retirándose de la institución con el grado de Vicealmirante, falleciendo en 1947, cuando el Mar del Norte estaba aún infectado de minas al garete, que constituían un serio peligro para la navegación.

De acuerdo a lo solicitado expresamente por el occiso, sus restos debían ser sepultados en el mar y, por tratarse de un personaje de alto rango, la Armada de su país resolvió dar a sus funerales la solemnidad correspondiente.

Cuatro buques -incluyendo dos submarinos- acompañaron los restos del Almirante al lugar seleccionado para su sepultura. El féretro se colocó a popa de un minador, ya que era ese el buque más adecuado para lograr el propósito que se perseguía.

La ceremonia fue presidida por el Comandante en Jefe de la Zona Naval correspondiente - quien había sido alumno del difunto- a quien acompañaba una delegación naval de jerarquía, más la viuda, hijos y familiares del Almirante fallecido.

Los inconvenientes comenzaron cuando -después de los resposos y salvas de ordenanza- el mecanismo deslizador no funcionó por falta de lubricación, siendo necesario, finalmente, que los asistentes empujaran el féretro al agua. Pero el problema no terminó allí ya que, ante la sorpresa de todos, el ataúd quedó flotando verticalmente, a pesar de que se le habían

practicado algunos orificios, que sin duda resultaron insuficientes.

El tiempo parecía haberse detenido. El Almirante que presidía la ceremonia -evidentemente impaciente y molesto- dejó escapar un murmullo que más parecía una maldición y ordenó al Comandante del minador -"Romper el Fuego"-, orden que fue transmitida a la dotación. Un Subteniente del buque se acercó al Comandante e inocentemente le preguntó -¿Con torpedos?- lo que provocó mayor desconcierto entre los asistentes y la indisimulada ira del Almirante. Finalmente los apuntadores de las ametralladoras cumplieron la orden y el féretro, semidestruido, se hundió.

Terminada la ceremonia, la agrupación naval enfiló hacia su puerto base y los asistentes, con buen apetito, se preparaban para almorzar a bordo, de acuerdo al programa cuidadosamente elaborado. Ya en la Cámara de Oficiales, surgieron los comentarios sobre lo acontecido y se hicieron recuerdos del finado, destacando sus extraordinarias cualidades personales y profesionales. El Comandante en Jefe de la Zona Naval tomó la palabra para recordar afectuosamente al difunto, terminando su intervención con una frase que lo resumía todo: -"Era un cerebro"- dijo, en el preciso momento en que los mayordomos hacían su entrada a la cámara con sendos platos colmados de canapés de sesos de cordero...

El lector podrá imaginarse que esta imprevista coincidencia fue determinante para que nadie probara los bocaditos que los mayordomos habían preparado con tanto esmero...

Tres días después, uno de los submarinos que había participado en las exequias del Almirante, zarpó para realizar ejercicios en la mar. Durante este entrenamiento, que consistía en navegar sumergido a velocidad silenciosa, se sintió a bordo un golpe seco y reiterado sobre el casco. La dotación del submarino enmudeció, pensando -secretamente- que el casco del submarino estaba en contacto con una mina al garete, la que podía explotar en cualquier momento. El Comandante detuvo las máquinas, pero el intermitente golpe no cesaba...

Reinaba a bordo un silencio sepulcral... ¿en qué momento estallaría esa maldita mina? Los marinos sabían, por experiencia, que los cuernos de estos artefactos se quiebran fácilmente al chocar contra el casco con las consiguientes consecuencias.

Fue en ese preciso momento, de tanta tensión, cuando se escuchó la voz de un marinero que decía: -"Me tinca que es el cajón del Almirante..."-

Habiendo transcurrido varios minutos -que parecieron siglos- el Comandante decidió aflorar, lentamente. Ya en la superficie se logró comprobar que los golpes que se escuchaban a bordo eran producidos por la puerta de una cocina de campaña que se había instalado en las proximidades de la torrecilla para preparar "el café de la guardia" y que, por tratarse de un elemento ajeno al equipo normal del submarino, nadie había trincado al ordenarse la sumergida de emergencia.

El relato, que guarda cierta similitud con acontecimientos acaecidos alguna vez en nuestra Armada, nos permite confirmar el viejo adagio popular que dice: "*En todas partes se cuecen habas...*"